

Grande es la serie de los pueblos indios que el etnógrafo considera con el sentimiento de la duda; no sabe si tiene delante razas ó clases. Las dos ideas se mezclan en las descripciones más sencillas, como por ejemplo en la obra de Painter sobre los pulayas de Travancor: en ella dice que la raza de los pulayas es la última *clase* en Travancor; luego explica la diferencia que media entre ellos y los parias con las siguientes palabras: «Los parias comen carroñas, usan el *kudumi*, hablan una lengua diferente del malaayalam y descienden de brahmanes, que á instigación de sus enemigos comieron carne, y á consecuencia de ello se degradaron. Los pulayas raras veces ó nunca comen carroñas no llevan kudumi, hablan el malaayalam y tienen una tradición que les hace descender de esclavos.»

Pareciéndose tanto estos dos grupos y separándolos una distancia casi igual de las razas más elevadas, es de extrañar que entre los motivos de su división no se cite el de ser de diferentes razas. El lenguaje oficial, la estadística, etc., en la India británica, califican de razas montañosas, aborígenes, habitantes de bosques, á aquellos habitantes que continúan exentos de toda mezcla con la raza aria más elevada, cuyo sello llevan impreso los moradores de las llanuras. Esta sería una idea antropológica, pero cuando los individuos de una raza montañesa renuncian á su vida de cazadores, á su agricultura medio nómada, á cambiar frecuentemente de domicilio, se los cuenta entre los indostanos. Así los misioneros y los empleados más hábiles han ido reduciendo el número de los individuos de las razas montañosas que hace 20 años oscilaban entre 10 y 9 millones. En esto vemos ya una idea social. Tampoco se le puede negar cierto sentido natural y geográfico, pues el nombre de pueblos montañoses no es una palabra vana; ellos ocupan todas las serranías de la India, desde Delhi hasta Godaveri, y la punta del Sud. Acontece con frecuencia que una parte de una raza cae bajo el yugo de las clases ó castas superiores de los pueblos vecinos; la otra parte queda libre retirándose á las montañas. Los varalis pertenecen al mismo grupo que los mahares y sólo se diferencian de ellos por no ser tan abyecto su estado social. En lugar de aceptar la esclavitud, han preferido vagar por los montes, á los que primitivamente iban los indostanos del Konkán para cazar hombres. Hay muchos grupos de pulayas, distinguiéndose especialmente dos divisiones principales, pulayas del Este y pulayas del Oeste, y tan separados unos de otros, que ni siquiera comen juntos. Los primeros son esclavos de sus vecinos; los segundos son relativamente libres. Según antiguas tradiciones, todos eran esclavos de los partidos enemigos del Sujodhanah y de los hijos del Pandu, en la gran guerra del *Mahabharata*, y la derrota de los primeros explica la opresión de los pulayas del Este que eran sus aliados. También los todas se fraccionaron; la parte más numerosa es la raza de pastores que habita en las cumbres, mientras que cuatro fracciones, consideradas inferiores, habitan en las laderas. Los pastores se consideran como dueños del terreno, y los badages agricultores les dan la sexta parte de la cosecha. En los nombres mismos de los pueblos indios se reconocen indicaciones de su situación recíproca: *bhil* ó *nichada* significa desterrado. Es extraña la situación de los bhiles relativamente á los rajputas. Una influencia sacada de la Historia Antigua ha podido doblegar aquí el espíritu de casta. Aunque fuera de la casta, los rajputas no los consideran como impuros, y en la coronación de los reyes rajputas, un bhil entregaba al soberano los emblemas de su nueva dignidad.

El estado de paria de algunos pueblos indios no reconoce un origen fundamental, sino que más bien es conse-

cuencia de las exageradas divisiones. Es natural que un pueblo no conozca división de casta cuando está comprendido en una sola, como tantos pueblos de parias en la India. Más sorprendente es que ciertas tribus importantes, como los gondes, bhiles, mhaire de la India central tampoco tengan castas. Todas ellas tienen una organización democrática, que en varias razas está bajo la dirección de jefes elegidos ó gobernada por un Consejo formado de miembros igualmente elegidos; en la mayoría de los casos son pueblos que han inmigrado como guerreros, evitando mezclarse, con los pueblos que habían sometido, en una organización social, que habría producido naturalmente la división de castas.

Tócanse en la India muchos inconvenientes á consecuencia de la gran densidad de población. En las partes del Indostán, donde se cultivan los nueve décimos del terreno, una mala cosecha debe ser causa de carestía en una población cuatro veces mayor de la alemana. La disminución de población, tal como la experimentó el Estado de Maisur, que en el año 1881 contaba un 17 por 100 menos que en el año 1872, demuestra claramente los estragos producidos por la sequía de los años de 1876-79 en la población de India, en la cual hubo 5 millones de defunciones y sólo 2 millones de nacimientos. Insignificante ha sido el alivio producido por la emigración. En la época de mayor miseria, emigraron de Calcuta á las colonias británicas, en el año 1872, 17.171 personas, y en el año 1873, 24.569; la mitad pasó á Demerara y Mauricio. La emigración por mar hace mucho tiempo no ha pasado de este último número. Los distritos de Asam, Katschar y Silet, donde se cultiva el te, acogieron en la misma época 55.811 emigrantes. Con el socorro del Estado, algunos millares de habitantes abandonaron el Bengala para pasar á la Birmania británica. De Madrás emigraron 99.282 á Ceilán, donde su trabajo es preferido para las plantaciones de café. No hay noticias exactas acerca del número considerable de los que regresaron, por no poder tolerar el duro trato que en los establecimientos ingleses de la península de Malaca se les infligía.

El origen de la separación de las castas en la India es sumamente antiguo: el pensamiento fundamental de dividir la sociedad humana en sacerdotes, guerreros, trabajadores y esclavos, no es indio, sino que pertenece á la humanidad entera. En el décimo libro del *Rigveda* se especifican claramente las castas, dándoles los simbólicos nombres de boca, brazos, muslos y pies de la divinidad. El cántico de los que se derivan los nombres de las castas se considera sin embargo más moderno, pero en todos los *Vedas* aparece la separación de sacerdotes, guerreros (con el príncipe) y pueblo. Si, como es cierto, los arios invasores no encontraron en la India una masa confusa de poco numerosas razas, sino Estados organizados ya y sociedades, no por eso es probado que desde los tiempos más antiguos existiesen instituciones que opusieran vallas á la vida nómada, sino que estos pueblos encontraron, en los que fueron sometidos, análogos sistemas, y los adoptaron tanto más rápidamente, cuanto que favorecían las relaciones entre vencedores y vencidos. No es cierto que el pueblo de los tiempos más antiguos, en que tuvieron origen los *Vedas*, fuese demasiado enérgico para someterse al sistema de castas. El pastor turcomano del Asia central considera todavía como degradante la profesión de labrador: todos quisieran ser guerreros, ya que no sacerdotes. Es característico que los rajputas, poderosos conquistadores y fundadores de los Estados, se preciasen del nombre de guerreros, y hasta los presentes días, la casta de éstos es la más orgullosa. Dicen que su origen se

remonta á Rama y que representan á los primeros arios, que abandonaron el país de Meru para conquistar el Indostán. Aunque tal pretensión no pueda justificarse (sino que parece que los rajputas, lejos de haber tomado parte en la invasión aria, que tuvo lugar en el siglo XIX ó XX antes de Jesucristo, hayan pasado el Indo en el IV ó V siglo de la era cristiana), prueba cuán fácilmente un pueblo de vencedores se puede atribuir una importancia exagerada entre los vencidos. Los mismos europeos, aunque con mucho trabajo, han llegado á formar una casta aislada y á explotar á las que han sometido: dueños de plantíos de añil, supieron, merced á los adelantos introducidos en el cultivo, colocar á los labradores indígenas en una especie de servidumbre, de la que una larga serie de decretos llegó á libertarlos.

Las leyes de los indios no son de origen brahmánico; contienen demasiados elementos humanos, pudiéndose decir que éstos son su esencia; pero fundan su autoridad en los sacerdotes y están inspirados en la religión de Brahma. Esto les da un carácter decididamente teológico teocrático, que ha resistido á toda clase de influencias. El budhismo, que suprimió las castas, tampoco ha llegado á oponer una firme barrera á su restauración ni á cambiar en alguna parte importante los estatutos esencialmente brahmánicos. Es preciso reconocer en la institución de las castas un origen más antiguo, una duración mayor de la que se le atribuye, pues esas leyes no se impusieron al pueblo, sino que fueron más bien propiedad de todos los hombres. En ellas se fundan también ciertas reglas, que á primera vista parecen abusos de la jerarquía. Grant refiere que en la costa de Malabar al Sudeste de Kalicat, había un asilo para los ladrones y las mujeres adúlteras, fundado por los brahmanes, donde nadie podía hacerles el menor daño, á menos que abandonasen dicho asilo. El mismo autor añade que este era uno de los 64 abusos introducidos por los brahmanes; pero análogas instituciones se encuentran en muchas partes de la India; la paz del templo pertenece á la humanidad, su derecho de asilo es un remedio necesario á las leyes legítimas é ilegítimas de tiempos crueles. Son asimismo notables ciertos principios antiguos relativos á las leyes de la caza; por ejemplo, el que autoriza al jefe de una aldea del Bengala para exigir la mitad del producto ó el que permite indemnizar la muerte de un gato haciendo un regalo de sal al niño á quien pertenecía el animal. En Ceilán están los terrenos de caza perfectamente acotados, y el que mata una pieza en territorio ajeno, debe entregar al jefe de la aldea un cuarto trasero de ella. Estas costumbres revisten diferente carácter cuando los príncipes se valen de ellas para aumentar su lujo, como sucede siempre en la Persia y en la India, donde el absoluto imperio de que gozan sobre el territorio se demuestra especialmente en el derecho de caza. Halcones, garzas reales, galgos y guepardos son exclusivos de la pompa regia del mismo modo que los tronos de oro, los abanicos y los quitasoles.

Nada diremos acerca de las condiciones políticas de las razas montañosas y otras esparcidas y fraccionadas. En todas ellas se advierten, como en la malaya, rivalidades de raza, sangrientas venganzas y las más repugnantes exterioridades.

Para alcanzar el nombre de varón y grabarse en el cuerpo los dibujos propios de su raza, el naga, por ejemplo, debe poder ostentar la cabeza, las manos ó los pies de un ser humano que haya sido su víctima. Peal refiere que en el Morrang, donde se guardan tales trofeos, vió 350 calaveras, algunas colgando de cordones, otras amontonadas en un rincón. La división de grandes pueblos en reducidas

fracciones es un hecho real, cuyas causas deben ser varias. Los gondes, bhiles, mhaire y jates son pueblos fraccionados; tienen un solo caudillo en la guerra, pero en la paz cada uno está regido por un consejo formado por los padres de familia. El distrito montuoso del Nepal estuvo siempre dividido en pequeños Estados, gobernados por jefes bajo varios títulos, con derecho hereditario. En el tiempo de la guerra de Gorka había 12 grandes y 18 pequeños Estados de Gorka; algunos carecían hasta de jefe nominal. Los 19 Estados rajputas, que formaban el Radschistán, presentaban una fiel imagen del feudalismo, pues en los Estados fraccionados y regidos por distintos jefes, el príncipe no era otra cosa sino el primero entre sus iguales. La propiedad, la aldea, la ciudad, el Estado, las fronteras no son fijas, sino que pasan de un lugar á otro con el clan, que no recibe el nombre del territorio que posee y domina, sino que es él el que se lo da: en esto consiste la diferencia del feudalismo asiático comparado con el europeo. Fuera del Radschistán, la nobleza es muy independiente. Los Grandes Mogoles mismos se contentaban con que residiese en la corte, por cada clan, un individuo de la mejor nobleza, el cual respondiese de la fidelidad de los suyos.

Los grandes y poderosos Estados de la populosa India, se formaron á consecuencia de invasiones extranjeras, efectuadas por razas capaces de dominar. Apagado el sencillo espíritu guerrero, el despotismo oriental florece de una manera fantástica. El pueblo indio quiere que se le deslumbrase con la pompa regia, y los mismos ingleses están obligados á rodearse de un lujo ajeno al genio de su nación. Los príncipes indios tienen ejércitos espléndidos, que, sin embargo, raras veces resistieron mucho tiempo á las escasas tropas europeas. Los soberanos indios, diferentes de los chinos y japoneses, apenas se cuidan de la prosperidad de sus Estados, como es la obligación de todo príncipe. Se figuran haber cumplido una gran parte de su deber, cuando pasan algunas horas semanalmente sentados é inmóviles en un terrado, dejándose admirar por sus súbditos. En medio de las poblaciones esclavizadas por los déspotas, florece la libertad en el seno de comunidades, que han constituido, por decirlo así, un Estado en el Estado. Los afghanes, libres en los montes, tratan de sus negocios en asambleas, en las que tienen voz y voto los ancianos. Entre los banjaris de la India central, cada caravana tiene un jefe, llamado *Naik*, libremente elegido por los varones. Su poder es ilimitado, pero un solo voto se lo puede quitar. Las leyes, las instituciones sociales de los banjaris respiran la misma sencillez patriarcal. Un tribunal elegido pronuncia las sentencias sobre delitos que perjudican el interés general y decreta el destierro del culpable. Los bueyes pertenecen al pueblo, y las ganancias sacadas de cualquier empresa se reparten con suma equidad entre todos.

Hoy día, hay en la India muy pocos Estados enteramente independientes. Sikkim, Nepal y Bután, que merecen este nombre, están ya en el territorio del Tibet. Lo que los ingleses llaman Estados indígenas, son 300 entre provincias y ciudades, cuyos habitantes, que ascienden á 50 millones, constituyen una notable fracción de la población general. Las diferentes relaciones entre esos Estados é Inglaterra demuestran que no se trata de un fenómeno amenazador. Ya lleven el título de Estados protegidos, que ni pagan tributo ni tienen guarniciones inglesas, ya el de Estados tributarios, que pagan tributo en cambio de la promesa de ser auxiliados en el caso de ataques extranjeros, ó bien el de aliados, con obligación de alojar y mantener un contingente fijo de tropas británicas, todos son depen-

dientes. Han renunciado al derecho de defenderse por sí mismos y á la representación diplomática; si tienen tropas indígenas, su número es escaso, y sólo prestan el servicio interior. Los príncipes de semejantes Estados están expuestos á la desaprobación de sus superiores extranjeros, á medidas severas eventuales, si dan motivos de disgusto, y tienen obligación de presentarse, de vez en cuando, en los Durbars del virrey como vasallos de Inglaterra.

CAPITULO IV

IRANIOS Y PUEBLOS AFINES.

«El paso constante de los elementos atmosféricos, de los productos, de los géneros, de las expediciones guerreras y de las hordas de los pueblos imprimen en este pueblo un carácter especial.»

CARLOS RITTER.

La antigua población aria del Irán. — Epoca del elemento turco en el Irán. — Los tadjiks, pueblo mixto. — La población del Afghanistan. — Los gajjes. — La población del Turquestan oriental. — Razas y rasgos característicos de los persas. — Persia y el Islam. — Trajes, armas y viviendas de los persas y otras razas arias. — Agricultura y vida nómada. — Riego. — Cría de ganado. — Industrias persas. — Condiciones políticas. — Razas de la cordillera Soliman y del Hindu-kuch. — Vakanes. — Cafirs. — Habitantes del Tarim.

En la gran zona de páramos, que se extiende desde la orilla Noroeste de Africa hasta la playa Nordeste de Asia, desde el Atlántico hasta el Pacífico, habitan numerosos pueblos agricultores, industriales y comerciantes, pueblos á quienes, desde el punto de vista etnográfico ó histórico, se los separa de los nómadas, á cuyo dominio político están sometidos en la mayoría de los casos, ó cuya influencia modificó notablemente su historia política. Pero donde persiste una antigua constitución originaria, nótase cierta tendencia al desarrollo en varios pueblos, fundada en la diferencia de la vida económica. Las poblaciones moras y árabes meridionales, los agricultores de los oasis mogoles, son otras tantas pruebas de ello. La mayor diferencia se observa en los pueblos del territorio iranio, cuyos conquistadores, que ahora dominan, eran casi todos nómadas turcos; los vencidos, labradores, industriales y comerciantes, descendientes de medos y persas. Supónese que toda la nación persa se componía en tiempos remotos de agricultores, y que las invasiones turcas no hicieron otra cosa sino introducir en el país la vida nómada. Verdad es que las condiciones naturales del país exigen este género de vida para la cría del ganado. La tala de los bosques y el descuido habrán contribuido mucho á disminuir la fertilidad del terreno.

Según los testimonios históricos los antiguos medos estaban ya mezclados con las razas nómadas, y mucho tiempo antes de nuestra era las tribus iránias se hallaban establecidas en el Turquestán, donde era entonces necesaria la vida nómada para fomentar la ganadería. El *Bilik Kudatku*, la más antigua historia indígena sobre los turcos, habla de tadjikes y de sartas como de naciones independientes. Vambéry dice que entonces existían ya profundas huellas de la lengua turca en la tadjik y que los sartas en el Yaxartes central tenían también en su lengua muchas palabras turcas.

¿Cómo debemos representarnos la antigua raza ario-irania del Asia anterior, en cuanto á su físico? Conocemos el gran tronco indio; pues bien, fijándonos en los iranos descubriremos en qué se le parecen. Sumamente parecido al indio es el iranio de raza relativamente pura, como los que viven entre los parias de India, los gebernes de Jezd y Kirmán, y entre los habitantes de Schiraz, así como entre los lures y leges. Polak nota que su color difiere con respecto al de los armenios é israelitas: lo cual prueba que el color originario no era claro. La mezcla de individuos rubios y morenos, de ojos claros, es notable entre los tadjikes del

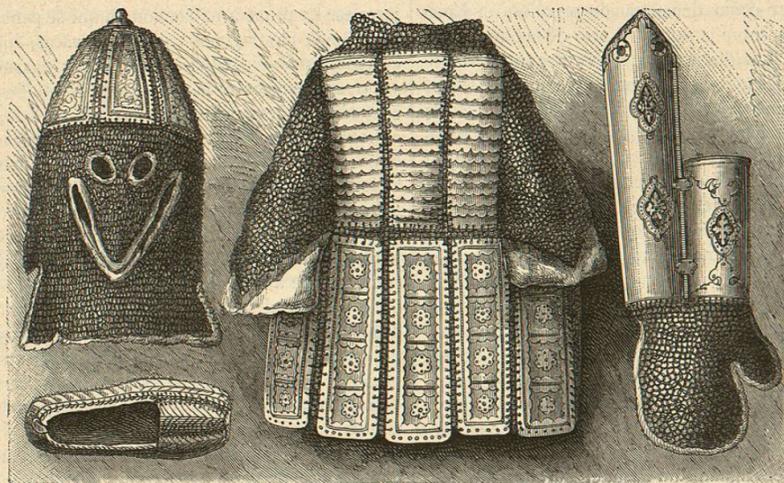
Turquestán, y más aun entre los usbekos del Ferghana que en los pamiros iranos. Pero no hay indicios de pueblo de color rubio. La tez de los iranos es de un tono parecido al del café con leche claro; su abundante cabellera y su espesa barba son muy oscuras. Más raros son los persas iranos puros que los indios arios.

Ujfalvy califica á los tadjikes de raza de mestizos, y así es; pues todo en ellos es favorable á la mezcla. Son exógamos y polígamos, y los elementos de su mezcla proceden de las razas de los kirguises y usbekos, con los que tienen relaciones que la favorecen en gran manera. En el Badachján la vecindad de la cordillera Pamir ha facilitado tan frecuentes invasiones de hordas turcas que la mayoría de los que hablan persa en esa pequeña región, y que ascienden á unas 150.000 personas, ha estado mucho tiempo bajo el dominio usbeko y por sus venas circulaba sangre turcomana. No es esta la única mezcla que existe. En la Persia actual viven, además de los descendientes de los medos y persas, turcos, curdos, árabes, armenios, caucásicos, caldeos (nestorianos), israelitas, gitanos, afghanos, belutichis, indostanos; á los cuales se agregaron mogoles como prisioneros de guerra; como esclavos, abisinios y negros, y como desertores, rusos y polacos. En los mestizos predomina la mezcla de sangre turca, caucásica, armenia.

En el Afghanistan se reconoce claramente la mezcla iranio-turania. La capa más antigua de la población persa es tadjik, y la forman medio millón de hombres, labradores, industriales y comerciantes laboriosos. Constituyen una parte del ejército del emir, pero pasan por ser de cortos alcances. Tienen las mismas creencias que los afghanes, pero su lengua es diferente. Los afghanes son tres ó cuatro veces más numerosos, hablan el puchtu y guardan bastante afinidad con la raza turca. En su mayoría pertenecen á la secta sunnita. Dignos de mención son los kisilbaches, según parece descendientes de los colonos guerreros que dejó Nadir Schah. Son gente de raza persa turca, ascienden á unos 150.000, y se distinguen notablemente por su valor, su opulencia y su espíritu emprendedor. Hablan el persa moderno, mientras los tadjikes hablan un antiguo dialecto especial. Como artilleros y jinetes y como comerciantes son muy notables: en el ejército inglés de la India hay muchos kisilbaches. Junto á ellos son de mencionar los usbekos, turcos señores de los tadjikes, en la actualidad refrenados por algunas divisiones de tropas afghanas. Finalmente son de notar los hasaras, pueblo de pastores, pobres, mal armados, á pesar de lo cual supieron conservar una semiindependencia, lo que prueba que el desprecio con que los miran las otras razas es algo infundado. Los galtches y los tadjikes se deben considerar como ramas del mismo tronco iránico. Los primeros son pueblos montañoses que conservaron puro su carácter. Son los más fuertes, valerosos, honrados; los segundos los más débiles, afeminados y astutos; aquéllos se ocupan en la cría del ganado, éstos en la agricultura, industria y comercio; aquéllos finalmente son poco numerosos, unos 36.000 ó 38.000, éstos se cuentan por millones. Los habitantes de Wakhán y Badachján pertenecen etnográficamente al mismo grupo, y tienen una semejanza más lejana con ellos los habitantes de la cordillera Solimán. Los galtches de Kohistán, Darwas, Roschán, Wakhán, etc., son restos de los antiguos pueblos iranos, que en el tiempo de Alejandro el Grande dominaban aún en Ferghana y en las laderas occidentales del Bolor. Son hombres de color claro, cabellera y barba negra ó castaña, muy poblada, ojos oscuros, grises ó azules, nariz estrecha y corva, labios delgados, dientes diminutos, rostro oval, la mandíbula superior por lo común muy pronun-

ciada, orejas pequeñas, miembros fuertes y elevada estatura; todos estos son rasgos característicos de las razas más puras, por los cuales se distinguen fácilmente de la mogola. Se deben exceptuar los habitantes de los valles del territorio del Oxo, donde el cretinismo aparece dominante. Algunos escasos grupos de galtches recuerdan á los montañeses europeos, á los cuales se parecen también por su carácter más noble y por su amor á la libertad. Su género de vida es sumamente sencillo. Muschketow encontró en la base del ventisquero Serafchán unos galtches sin conocimiento de agricultura, que habitaban en casas de piedras sin argamasa; el único animal doméstico era un asno bravo medio amansado. La hospitalidad, la vida patriarcal, la frecuencia de la monogamia recuerdan á los antepasados de los indios, cuya descripción se encuentra en los *Vedas*.

Se supone que toda la población del Turquestán oriental, que hoy día llega apenas á un millón de almas, debe proceder de una raza aria; pero no es seguro, pues otros documentos mucho más fidedignos que los relatos chinos y la enigmática composición de la población actual invalida tal creencia. Lo que se puede conjeturar de los hallazgos hechos en las tumbas de Tchertchen y otros oasis del Turquestán, demuestra que allí habitó en otros tiempos un pueblo rico, que tenía abundancia de oro, y seguía la costumbre de colocar placas de oro sobre los ojos de sus muertos. En el segundo siglo antes de la Era cristiana, el país fué invadido por los mogoles, y luego empezaron los chinos á fundar colonias, mientras que del Turquestán occidental inmigraron los kokanes ó andchanis. En la población de las ciudades hay también indostanos,



Coraza de los indios de Bhuj, Katsch. (Según Egerton).

badachjanos y otros. Hubo frecuentes guerras que despojaron todo el grupo de oasis, y después una colonización voluntaria ó forzada llevó nuevos elementos, de cuya mezcla puede decirse que no la componen tártaros puros ni tártaros arianizados, sino más bien arios tártaros. Los pueblos montañoses tampoco permanecieron puros: el último resto de los arios transpamíricos, agrupación de 1.000 á 1.500 individuos, fué expulsado por el Atalik Ghazi, á causa de su carácter levantisco, y en su lugar entraron los chinos. Del propio modo fueron expulsados los tarantches del Occidente hacia la frontera china, porque se amotinaban de continuo contra sus conquistadores chinos. Debilitada la dominación china, progresó el elemento turco. Jakub Beg, oriundo de Kokanda, ocupó todos los puestos importantes con sus compatriotas, tan parecidos por el idioma y por sus demás caracteres á los indígenas, que apenas se los tiene por extranjeros. En los páramos más lejanos, como por ejemplo Lob Nor, domina una mezcla turco-mogola. Finalmente no se debe olvidar á los árabes y á los afghanes. Se distinguen en el país dos razas principales: los matchines que primitivamente ocupaban gran parte de aquel país, pero que ahora residen con preferencia en el Sudeste, al Sud de la línea Tchertch Khotán, y los ardbules, que moran en el Norte, al Norte de la línea Aksu-Kaschgar. La tradición coloca á los afghanes al Este de Aksu. El elemento chino naturalmente domina en las ciudades de Yarkanda, Kaschgar y Kotán, en las que no faltaron nunca empleados, mercaderes y soldados chinos. Ujfalvy dice: «Se pue-

de considerar á los habitantes como á autóctonos, pues desde tiempos sumamente antiguos estaban ya establecidos.» Los galtches pertenecen á la más pura descendencia de los antiguos iranos orientales, y es probable que morasen en las partes más llanas del territorio, pero después huyendo de los árabes y de los turcos, se retiraron á las montañas donde conservaron mejor su carácter que los tadjikes de la llanura; no sabiéndose si los montes, en que hoy residen, estaban entonces desiertos.

Fácil es reconocer á los persas por su finura y también por su astucia. Así como se dice que el joven indostano de la escuela moderna es propenso á la exageración, á consecuencia de una vanidad casi femenina, se distinguen los persas por el buen gusto del traje y del calzado, y en general por el esmero y el aseo de su persona. El carácter, que él mismo califica de *fuzul*, apenas se encuentra tan extendido en ningún otro pueblo: mucha cortesía, mucho disimulo, codicia, humildad rastrera para los superiores, orgullo odioso para los inferiores; en una palabra, dice Morier que un persa es tan bueno para ministro como para mozo de cuadra y sabe apoyar una mentira con juramento de la misma manera que la confiesa cuando se ve descubierto. Así son casi todos los habitantes de Ispahán, siendo muy de notar que no haya en la lengua persa palabras que correspondan á las ideas morales de virtud, agradecimiento, arrepentimiento, honor y conciencia, lo cual se observa también en los idiomas indios vulgares. Pero en la India no se suele confesar la mentira tan espontáneamente como en Persia. Un verso de Saadi